



Homilía pronunciada en la eucaristía celebrada en la Iglesia de Santo Domingo el domingo 20 de Abril a las 8 de la tarde. Domingo V de Pascua (Hch 6,1-7; 1 Ped 2,4-9; Jn 14,1-12)

En este domingo la liturgia nos ofrece unos textos muy bellos. En el Evangelio, que trata del discurso después de la Cena, Jesús nos dice que va a prepararnos un lugar en la casa del Padre y nos revela quién es el Padre. La primera lectura muestra la organización de la Iglesia primitiva y el modo de afrontar los problemas que iban surgiendo. La segunda lectura habla de la edificación de la casa espiritual, por un sacerdocio santo.

Lo que podemos admirar de lo enunciado en el Evangelio es la delicadeza de Jesús. Él va a su Pasión y se preocupa por los suyos, se preocupa que el corazón de los discípulos no se vea turbado. Jesús sabe que este hecho causará una gran sacudida en los discípulos, pero se preocupa de evitarles una turbación prolongada, y dice: «No se turbe vuestro corazón. Tened fe en Dios y tened fe también en Mí».

Después Jesús muestra su delicadeza en el modo en que habla de su Pasión, del Misterio Pascual. Es un misterio trágico, sobrecogedor, pero Él lo presenta con imágenes familiares, simples, atrayentes: «Yo voy a prepararos sitio en la casa del Padre; cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo para que donde yo estoy, estéis también vosotros».

Es amable, de parte de Jesús, eso de preparar un sitio para sus discípulos. Pero ¿cómo lo preparará? Lo preparará Él mismo por medio de su sufrimiento, de su Pasión y, obviamente, también por medio de su Resurrección.

¡Que podamos entender que el sitio que Jesús nos prepara es su propio cuerpo martirizado y después resucitado! Aunque no seamos todos nosotros miem-

bros de su Cuerpo, Él nos ha preparado un sitio en él. Podemos decir que el puesto que Jesús nos ha preparado es un lugar en su corazón. Él ha permitido que su corazón fuera traspasado, para que, en cierto modo, nosotros podamos entrar, para que su corazón nos fuese dado.

San Pedro nos dice que todos estamos llamados a unirnos a Cristo, piedra viva. Cristo resucitado es — como dice el Sal 118, 22— la piedra rechazada por los hombres pero convertida en piedra angular, querida y preciosa ante Dios. En su misterio pascual Él se ha convertido en piedra viva, que es el fundamento de todo el edificio. Y quien cree en Cristo también es transformado en piedra viva, para la edificación de un templo espiritual, que no es la de un templo material sino la de uno animado por el Espíritu Santo.

Toda la vida del cristiano debe llegar a ser un ofrecimiento a Dios, una ofrenda sacerdotal, porque es hecha a Dios por medio de Cristo. Pedro llama a esta ofrenda «sacrificio espiritual agradable a Dios, por medio de Jesucristo».

Esta es nuestra vocación cristiana: ofrecer sacrificios espirituales, o mejor, hacer ofrenda espiritual, ya que no se trata sólo de algo doloroso, mortificante, sino de la actividad normal de la vida, que se ha transformado gracias a la unión con Cristo muerto y resucitado.

El Apostolado de la Oración enseña a sus miembros a hacer la ofrenda cotidiana con este espíritu, para de esta forma unirse al misterio pascual de Cristo. Se trata de ofrecer nuestras acciones cotidianas, para que nuestra vida se una a la de Cristo, en vista a la caridad. Así, humildemente, se hace una obra espléndida, una obra no aparente, sino que tiene un valor maravilloso ante Dios.

En la primera lectura vemos cómo el edificio espiritual del que habla Pedro se ha construido poco a poco. Se trata de la Iglesia. En los Hechos de los Apóstoles vemos cómo circunstancias difíciles han contribuido a hacer progresar su edificación.

En la Iglesia primitiva nos encontramos con judíos, que hablaban hebreo — y unos pocos, arameo— y otros judíos que provenían de las naciones helenísticas y hablaban griego. Estos últimos eran llamados «los helenistas». Entre estos dos grupos de cristianos había un poco de rivalidad. Y en cierto momento «surge un descontento de los helenistas hacia los hebreos». Un día hubo una distribución de alimentos para las viudas, que en ese tiempo eran numerosas (los hombres entonces no tenían una vida larga). El descontento era provocado por el hecho de que, según los helenistas, sus viudas se veían perjudicadas en esta distribución cotidiana.

Para hacer frente a esta situación, los Doce convocaron al grupo de los discípulos y establecieron una distribución del trabajo apostólico. Manteniendo para

sí la responsabilidad principal, que no es la material sino la espiritual: «No es justo que nosotros descuidemos la Palabra de Dios para atender el servicio de las mesas». Los apóstoles decidieron dedicarse a la oración y al ministerio de la Palabra, porque éste es el deber principal de la Iglesia.

Todavía necesitaban organizar las cosas materiales. Entonces los Doce propusieron elegir para las obras de caridad «siete hombres de buena reputación, llenos de Espíritu Santo y sabiduría». Lucas no les llama todavía «diáconos» pero ellos son, por así decir, los predecesores de los diáconos de la Iglesia.

De esta manera, esta decisión dio una solución al problema y constituyó un progreso en la edificación de la Iglesia. Dice el texto «La Palabra de Dios iba cundiendo y en Jerusalén crecía mucho el número de discípulos». La Gracia de Dios es fecunda.

Aunque en nuestros días estos problemas en la Iglesia ya están resueltos, el clero no puede, no debe hacerlo todo. Aparece cada vez más urgente comprometer a los fieles laicos en la actividad de la Iglesia, no sólo en las cosas materiales, sino en las obras de caridad y de educación. Así la edificación de la casa espiritual podrá crecer y glorificar a Dios, transformando poco a poco el mundo.

Todos los textos de este domingo nos invitan a acoger nuestra vocación cristiana con ánimo, con fe y con coraje. Es una espléndida vocación. Cada uno de nosotros tiene una vocación en la Iglesia; cada uno debe hacer buenas obras en unión con Cristo. Cada uno debe hacer una ofrenda espiritual agradable a Dios; debe contribuir a la construcción de la Iglesia. De este modo, la paz y la alegría de Cristo resucitado rebosarán nuestro corazón.

